

que desembocan en la muralla de circunvalacion.

XIII.

La barricada de la calle de Thévenot.

Jorge Biscarrat dió la señal de la rechifa en la calle de Echelle. Le conocia desde el mes de Junio de 1848. Tomó parte en aquella funesta insurreccion; yo tuve ocasion de serle útil. Le prendieron y le habian hecho ya ponerse de rodillas para fusilarle; intervine y salvé á él y á otros, entre ellos el valiente arquitecto Rolland. Esto ocurrió el 24 de Junio de 1848 en los sótanos de la casa número 93 del boulevard Beaumarchais, que entonces estaba en construccion.

Biscarrat desde entonces fué amigo mio; venia á verme de vez en cuando, y en ciertas ocasiones me consultaba ó me traia noticias. Queriendo preservarle de ciertas influencias nocivas, le prescribí, y él aceptó, esta regla de conducta: Insurreccionarse solo á favor del deber y para conseguir el derecho.

Vamos á referir la rechifa de la calle de Echelle. El 2 de Diciembre Bonaparte intentó arriesgarse á salir por las calles de Paris, pero á Paris no le gusta que ciertos ojos le miren, porque esto le parece insolente, y le irritan más los insultos que las heridas. Sufre el asesinato, pero no que le guiñe los ojos el asesino.

A las nueve de la mañana, cuando la guarnicion Courbevoie venia sobre Paris, estando aun frescos los carteles del golpe de Estado, Luis Bonaparte salia del Elíseo, atravesó la plaza de la Concordia y el jardin de las Tullerías, siguió por el patio del Carroussel y salió por el portillo de la calle de Echelle. Allí estaba reunido un grupo muy numeroso. Luis Bonaparte vestia uniforme de general: iba á su lado su tío, el antiguo rey Gerónimo, y Flahaut detrás de ellos. Gerónimo vestia el uniforme de mariscal de Francia con sombrero de plumas blancas; el caballo de Luis Bonaparte adelantaba toda la cabeza al caballo del rey Gerónimo: éste iba reflexivo, Bonaparte taciturno y Flahaut satisfecho y con el sombrero ladeado. Detrás de ellos llevaban una gruesa escolta de lanceros. Edgard Ney iba á la cola. Bonaparte se proponia ir hasta el Hotel del Municipio. Jorge Biscarrat se encontraba allí. Habian desempedrado la calle; subiése sobre un monton de

adoquines y lanzó este grito:—*Abajo el dictador! Abajo los pretorianos!* Los soldados le miraron con aire estúpido y la muchedumbre se quedó sorprendida. Biscarrat comprendió que su grito era demasiado literario para que le comprendieran, segun él mismo me confesó despues, y volvió á gritar:—*Abajo Bonaparte! Abajo los lanceros!*

La rechifa se propagó como una chispa eléctrica, y el pueblo allí reunido repitió muchas veces violenta y tempestuosamente los dos últimos gritos de Biscarrat.

El clamor público parecia como el principio de una ejecucion. Bonaparte hizo un brusco movimiento hácia la derecha, torció las riendas y entró en el patio del Louvre.

Biscarrat creyó útil completar la rechifa con una barricada; se fué á su casa, se puso una blusa y una gorra y volvió á aquellas calles. Antes de terminar aquel dia logró entenderse con las cuatro sociedades siguientes: la de tejedores de gasa, la de horneros, la de tejedores de encajes y la de sombrereros.

Así pasó Biscarrat la jornada del dia 2. La del 3 la pasó en idas y venidas casi inútiles, como decia á Versigny, añadiendo:—Esto no obstante, conseguí que se rasgaran en todas partes los carteles del golpe de Estado, á pesar de que para ejecutar esta operacion la policia se decidió á fijarlos en los mingitorios, que es su sitio propio.

La jornada del 4 por la mañana, Biscarrat fué al restaurant de Ledouble, donde comian habitualmente cuatro representantes del pueblo, Brives, Berthelon, Bard y Vignier; los cuatro estaban allí. Vignier estaba refiriendo lo que hicimos el dia anterior, cuando entró Biscarrat. Como los representantes no le conocian, le miraban con recelo.—Quién sois? le preguntaron. Antes de que Biscarrat pudiese contestar, el doctor Petit entró, desdobló un papel y dijo:—¿Conoce alguno de vosotros la letra de Víctor Hugo?—Yo, contestó Biscarrat examinando el papel, que era la proclama al ejército.—Es necesario imprimir esto, dijo Petit.—Me encargo de la impresion, contestó Biscarrat. Antonio Bard le preguntó:—¿Conoceis á Víctor Hugo?—Me ha salvado la vida, respondió Biscarrat. Los representantes entonces le estrecharon la mano.

Entró Guilgot y despues Versigny: éste conocia á Biscarrat por haberle visto en mi casa, y le dijo:—Desconfiad de

un hombre que os espera en la puerta.—Es un tejedor de encajes, contestó Biscarrat; es de los nuestros y me acompaña.—Debajo de la blusa lleva un pañuelo y parece que trata de ocultar algo.—Bombones, dijo Biscarrat.

Eran cartuchos.

Versigny y Biscarrat se dirigieron á la imprenta del Siglo, en la que encontraron á treinta trabajadores que se ofrecieron á imprimir mi proclama, arriesgándose á que les fusilaran. Biscarrat se la entregó, y dijo á Versigny:—Ahora á levantar una barricada.

El tejedor los seguia y los tres se dirigieron al barrio de San Dionisio. Al estar cerca oyeron gran tumulto. Biscarrat, riendo, le decia á Versigny:—*San Dionisio se enfada; esto vá bien.* Biscarrat en el camino reclutó cuarenta combatientes, entre ellos á Moulin, jefe de la sociedad de los albañiles. Chapuis, sargento de la Guardia nacional, les entregó cuatro fusiles y diez sables.—¿Sabeis dónde podremos obtener más? le preguntó Biscarrat.—En los barrios de San Salvador. Fueron allá y encontraron cuarenta fusiles; les dieron tambien sables y cartuchos. Dos jóvenes bien portados les entregaron cajas de hoja de lata llenas de pólvora y de balas. Mujeres valientes y alegres les hicieron cartuchos. Cuando tuvieron armas pidieron hombres. En pocos instantes se reunieron cien y empezaron á arrancar los adoquines. Eran las diez de la mañana.—Aprisa, les decia Biscarrat; terminemos pronto la barricada. Esto sucedia en la calle de Thévenot. Abreviemos. A las once Jorge Biscarrat terminó de levantar la barricada. A las doce habia muerto en ella.

XIV.

Ossian y Escipion.

Cada hora aumentaba el número de los arrestos.

Hácia el medio dia, el comisario de policia Boudrot se presentó en el café de la calle Lepelletier. Le acompañaba el agente Delahodde. Delahodde era un escritor socialista, traidor, que cuando le desenmascararon tuvo que pasar de la policia secreta á la policia pública. Le conocia y puedo dar de él este detalle: en 1832 era maestro de la escuela á que asistian mis dos hijos, que eran muy niños, y me dedicó unos versos, pero al mismo tiempo me espiaba. El café de la calle Lepelletier era el punto de reunion

de muchos periodistas republicanos. Delahodde los conocia á todos. Un destacamento de la Guardia nacional ocupaba las salidas del café. Al inspeccionar á los concurrentes, el agente iba delante y el comisario detrás; dos guardias municipales le seguian. De vez en cuando Delahodde se volvía hácia ellos, diciéndoles:—*Atad á este.* Así fueron arrestados hasta veinte periodistas.

El comité recibia de todas partes noticias favorables. Testelin no era solamente un sábio, sino un valiente. El 3 por la mañana llegó un momento despues que yo á la barricada de San Antonio. Testelin iba acompañado en aquel momento de Carlos Gambon, que tambien era hombre intrépido. Los dos representantes vagaron por las calles agitadas y llenas de gente, sin que nadie les siguiese ni les comprendiera, buscando fermentacion de insurgentes y solo encontrando hormiguero de curiosos. Testelin vino al comité y nos participó que en la esquina de una calle del arrabal de San Antonio, Gambon y él habian visto un grupo numeroso que leia un cartel fijado en las paredes, que era un llamamiento á las armas, firmado por Víctor Hugo. Testelin pidió un lápiz á Gambon, se acercó al cartel y escribió su nombre debajo del mio; en seguida devolvió el lápiz á Gambon, que á su vez escribió tambien su nombre debajo del de Testelin. Entonces la multitud gritó:—Bravo! Estos son los buenos!—Viva la República! exclamó Testelin. La multitud, entusiasmada, contestó á ese grito. Las mujeres aplaudian, asomadas á las ventanas.

Insistimos en repetir que lo que queria el comité de resistencia era evitar todo lo posible la efusion de sangre. Construir barricadas, dejar que las destruyesen y levantar otras; esquivar lo posible al ejército y fatigarle; hacer en Paris la guerra como en el desierto, retroceder siempre, pero no ceder jamás; servirse del tiempo como auxiliar; por una parte dar tiempo al pueblo para que comprendiera la situacion y se sublevara; por otra parte vencer al golpe de Estado por medio del cansancio del ejército: esto era nuestro plan, por lo que dimos orden de defender las barricadas con poca tenacidad. Deciamos de muchas maneras á los combatientes:

—Derramad la menos sangre posible; economizad la sangre de los soldados y ahorrad la vuestra.

Sin embargo, cuando se entablaba la

lucha, en las olas ardientes del combate, fué imposible en algunos sitios moderar el ímpetu de los combatientes. Fueron tenazmente defendidas las barricadas de la calle de Rambuteau, de la de Montorgueil y de la calle nueva de San Eustaquio.

Estas barricadas tuvieron jefes valerosos.

La barricada de la calle Aumaire fué de las que se tomaron sin resistencia. Sucumbieron en ella dos de los quince ó diez y seis hombres que la defendían. La tomó á la bayoneta un batallón del 16.º de línea, que se lanzó sobre la barricada á paso de carga, y que recibió varios tiros, que hirieron á algunos soldados.

El primero que cayó del batallón fué un jóven oficial de veinticinco años, teniente de la 1.ª compañía, que se llamaba Ossian Dumas; dos balas le rompieron las piernas como de un solo golpe.

Servían en el ejército dos hermanos Dumas, Ossian y Escipion; Escipion era el mayor, y tenían próximo parentesco con el representante Madier de Montjau.

Los dos hermanos pertenecían á una familia pobre y honrada; el mayor estudió en la Escuela Politécnica y el segundo en la Escuela de Saint-Cyr.

Escipion Dumas tenía cuatro años más que su hermano. Alentado por la magnífica y misteriosa ley de ascensos que creó la Revolución francesa, y que en medio de la sociedad ha puesto, por decirlo así, la escala, hasta entonces fatal é inaccesible, la familia de Escipion Dumas se impuso las más rudas privaciones para cultivar la inteligencia de éste y asegurarle el porvenir. Sus padres se privaban hasta del pan para darle la ciencia y para que pudiese entrar en la Escuela Politécnica, en la que estudió, llegando á ser uno de los primeros alumnos.

Cuando terminó su carrera, le nombraron oficial de artillería y le destinaron á Metz. Entonces le llegó el turno de ayudar á hacer carrera á su jóven hermano. Con los ahorros de su escaso sueldo de teniente de artillería consiguió que su hermano fuese también oficial, y mientras, obligado por su empleo, continuaba en Metz, incorporaron á Ossian á un regimiento de infantería que marchaba á Africa, donde recibió el bautismo de fuego.

Escipion y Ossian eran republicanos. En el mes de Octubre de 1851 manda-

ron á Paris el 16.º de línea, que era el regimiento donde servía Ossian y uno de los escogidos con que contaba Luis Bonaparte para dar el golpe de Estado.

Llegó el 2 de Diciembre.

El teniente Ossian Dumas obedeció, como casi todos sus compañeros, la orden de ponerse sobre las armas, pero los que le rodeaban notaron su aspecto sombrío.

El día 4, el 16.º, que formaba parte de la brigada Herbillon, fué designado para tomar las barricadas de las calles Beaubourg, Transnouin y Aumaire.

Era temible aquel sitio de combate, porque era entre una encrucijada de barricadas.

Los jefes militares resolvieron empezar la acción por la calle de Aumaire y por el batallón en que Ossian formaba parte.

Al dirigirse hácia allí con los fusiles cargados, Ossian Dumas se acercó á su capitán, que era un bravo y veterano oficial que le quería mucho, y le declaró que no iría más adelante; que el acto del 2 de Diciembre era un crimen y Luis Bonaparte un traidor; que á los soldados correspondía cumplir el juramento que Bonaparte violaba, y que él no prestaría el sable para degollar á la República.

Mientras esperaban la señal de ataque, los dos oficiales hablaban de este modo en voz baja:

—Pues qué quereis hacer? preguntó el capitán.

—Romper la espada.

—Os conducirán á Vincennes.

—No me importa.

—Os destituirán.

—Es muy posible.

—Quizá os fusilen.

—No será extraño.

—Ahora ya es tarde; debísteis presentar ayer la dimision.

—Nunca es tarde para dejar de cometer un crimen.

El capitán, como se ve, era uno de esos bravos encanecidos en el oficio, que no conocen más patria que la bandera ni más ley que la disciplina, que son brazos de hierro y cabezas de madera, que dejan de ser ciudadanos y hasta hombres. El honor solo se les aparece con las charreteras de general, y es inútil hablarles de deber político, de obediencia á las leyes y de Constitución, porque nada saben de esto, porque para ellos la Constitución y las leyes más santas nada significan comparadas con

la consigna que un cabo murmura al oído de un centinela. Tomad una balanza, poned en un platillo el Evangelio y en el otro la consigna y despues pesad; para ellos el cabo pesa más, Dios es ligero. Dios forma parte de la consigna de la Saint-Barthélemy. — *Matad á todos; Dios reconocerá á los suyos.* Hé aquí lo que las locuras aceptan y algunas veces glorifican. Un papa bendijo la Saint-Barthélemy y la condecoró con la medalla católica (1).

Ossian Dumas parecía decidido á retirarse, y el capitán intentó el último esfuerzo para hacerle desistir.

—Mirad que os perdeis, le dijo.

—Pero salvo el honor.

—Precisamente el honor es lo que sacrificais.

—Porque me voy?

—Marcharse es desertar.

Esta palabra hirió á Ossian.

El capitán continuó:

—Vamos á batirnos. Dentro de algunos minutos atacaremos la barricada; algunos de vuestros compañeros caerán muertos ó heridos; sois oficial jóven y habeis entrado poco en fuego...

—Pero no habré combatido contra la República, no podrán decir que soy traidor, exclamó Ossian, interrumpiendo vivamente á su jefe.

—No, pero dirán que sois un cobarde.

Ossian no contestó.

Poco despues dieron la orden de ataque y el batallón partió á la carrera; la barricada hizo fuego y Ossian Dumas cayó herido. No pudo soportar que le llamaran cobarde y cumplió su deber, permaneciendo en su sitio en la primera fila.

Le trasladaron á la ambulancia y desde allí al hospital. Tenía rotas las dos piernas y los médicos opinaron que sería preciso amputárselas.

El general Saint-Arnaud le envió una cruz.

Luis Bonaparte se apresuró á conseguir que le absolvieran sus pretorianos, esto es, sus cómplices; y el sable, despues de degollar, votó. Aun humeaba el combate, cuando el ejército procedió al escrutinio. La guarnicion de Paris votó sí, absolviéndose de este modo á sí misma.

No pasó esto en el resto del ejército. El honor militar se indignó, despertando en él la virtud cívica. A pesar de ejercerse gran presión, á pesar de que obligaron

á los regimientos á que votasen en el morrion de los coroneles, en muchos puntos de Francia y de la Argelia el ejército votó *no*. Esto mismo hizo la Escuela Politécnica en masa, y en casi todas partes la artillería votó como la Escuela.

Como acabamos de decir, Escipion Dumas estaba en Metz, donde por una casualidad ocurrió que la artillería, á pesar de haberse pronunciado en todas partes contra el golpe de Estado, vacilaba allí, pareciendo inclinarse hácia Bonaparte; pero Escipion Dumas resolvió la cuestión votando el primero y en voz alta *no*. Despues envió la dimision. En el mismo instante que el ministro recibía en Paris la dimision de Escipion Dumas, éste recibió su destitucion firmada por el ministro. La dimision y la destitucion se cruzaron en el camino, porque el teniente de artillería era sospechoso para Bonaparte y sus cómplices.

Por la palabra destitucion viene á entenderse en estos casos la pérdida del empleo. Segun las actuales leyes militares, esta es ahora la manera de despedir á un oficial, perder el empleo, esto es, salir del servicio, no percibir asignacion, quedar en la miseria.

Supo que perdía el empleo al mismo tiempo que le llegaba la noticia del ataque de la barricada de la calle de Aumaire y la desgracia sucedida á su hermano. Al saber que estaba herido en Val-de-Grace se fué inmediatamente á Paris.

Corrió al hospital y le condujeron hasta el lecho que ocupaba Ossian, al que le habían amputado las dos piernas el día anterior.

Cuando Escipion llegó fuera de sí hasta donde estaba su hermano, éste tenía en la mano la cruz que el general Saint-Arnaud acababa de enviarle.

El herido, volviéndose hácia el ayudante que se la acababa de entregar, le dijo:

—No acepto esa cruz; estaria en mi pecho teñida con sangre de la República.

Viendo entrar á su hermano, le ofreció la cruz, exclamando:

—Tómala tú! Has votado *no* y has roto la espada; tú la mereces!

XV.

La cuestion se plantea.

Era la una de la tarde.
La fisonomía de Bonaparte volvía

(1) *Pro Hugonotorum Strage*. Medalla acuñada en Roma en 1872.

á ser siniestra; las claridades de ciertos rostros duran poco.

Estaba en su gabinete, sentado delante de la chimenea con los pies sobre los morillos, inmóvil, y nadie llegaba hasta él más que Roguet.

En qué pensaba?

Las retorsiones de la víbora son inesperadas. Lo que hizo aquel hombre durante aquella jornada infame ya lo he referido detalladamente en otro libro. Véase *Napoleon el Pequeño*. De vez en cuando Roguet entraba y le traía noticias. Bonaparte le oía silenciosamente, preocupado y abstraído; era mármol en el que hervía lava.

Recibía en el Elíseo las mismas noticias que nosotros sabíamos en la calle de Richelieu; malas para él, buenas para nosotros.

En uno de los batallones obtuvo ciento sesenta votos contrarios. Aquel batallón lo disolvió después y lo repartió entre el ejército de África.

Contaba con el 14.º de línea, que en Febrero disparó contra el pueblo, pero el coronel no quiso servirle y rompió la espada.

El pueblo acababa de oír nuestro llamamiento. Paris se sublevaba y empezaba á bosquejarse la caída de Bonaparte.

Detalle notable: Mazas se volvía de otro modo; la cárcel iba siendo benigna. Los empleados, insolentes el día anterior, cuando los representantes pasaban por delante de ellos para ir á pasarse á los patios, se inclinaban ahora hasta el suelo. El director, que visitó á los prisioneros la mañana del día 4, les dijo que *él no tenía la culpa*, y les dió libros y papel para escribir cartas, cosas que hasta entonces se les negaron. El representante Valentin estaba en el secreto; su guardian fué bruscamente amable y le ofreció comunicarle noticias de fuera por medio de su mujer, que, según le dijo, había estado de criada en casa el general Lefló. Esos síntomas eran expresivos. Cuando el carcelero sonríe es porque la cárcel se entreabre.

Debemos decir, sin que esto implique contradicción, que al mismo tiempo aumentaron la guarnición de Mazas. Introdujeron allí mil doscientos hombres, que entraron en pequeñas dosis, como nos dijo un testigo, y se les distribuyeron cien litros de aguardiente. Los prisioneros oían rodar la artillería alrededor de la cárcel.

Fermentación general invadía los bar-

rios más tranquilos, pero sobre todo era amenazador el centro de Paris, que se compone de una confusión de calles que parecen construidas á propósito para la confusión de los motines. El 14 de Julio, el 10 de Agosto, 1792, 1830, 1848, han salido de allí. Aquellas viejas y valientes calles se habían despertado. A las once de la mañana, desde Nuestra Señora hasta la puerta de San Martín se habían levantado setenta y siete barricadas. Tres de ellas, la de la calle de Maubúée, la de la calle Bertin-Poirée y la de la calle Guerin-Roisseau, llegaban hasta la altura de los segundos pisos; la barricada de la puerta de San Dionisio estaba casi tan erizada y casi tan feroz como la que impidió el paso en el arrabal de San Antonio en Junio de 1848. Un puñado de representantes del pueblo cayó como una dispersión de chispas sobre aquellas célebres é inflamables encrucijadas; con esa semilla de incendio el fuego se encendió. El antiguo barrio central de los Mercados gritaba: Abajo Bonaparte! Silbaban á la policía y al ejército. Algunos regimientos parecía que estaban indecisos. Desde lo alto de las ventanas las mujeres alentaban á los que construían barricadas. Tenían pólvora y fusiles. Nos sonreía la esperanza.

Hubo un momento en que las noticias favorables se multiplicaron, que tuvimos tal confianza, que, poseídos de alegría irresistible por el triunfo, que creíamos cada momento más seguro, nos levantamos y nos abrazamos. Michel de Bourges, el que estaba más ofendido con Bonaparte, por haber antes confiado en su palabra, era el más indignado de los cuatro. Dió un puñetazo sobre la mesa y exclamó:

—La cabeza de ese miserable caerá mañana en la plaza de la Grève, delante del Palacio Municipal.

Mirándole fijamente, le contesté:

—No; la cabeza de ese hombre no caerá.

—Por qué?

—Porque después de semejante crimen, dejar vivir á Luis Bonaparte es abolir la pena de muerte.

Michel de Bourges se quedó un momento pensativo y después me estrechó la mano cariñosamente.

El crimen nos dá ocasión á escoger siempre, y vale más que salga de él un progreso que un suplicio. Esto fué lo que comprendió Michel de Bourges.

Este detalle indica hasta qué punto

abrigamos confianza de obtener la victoria. Pero aunque las apariencias estaban de nuestra parte, el fondo no. Saint-Arnaud había recibido órdenes, que luego conoceremos. Ocurrían incidentes singulares.

Desde el medio día hasta las dos hubo en la inmensa ciudad que se entregaba á lo desconocido no sé qué sombría pausa. Reinaba en ella calma horrible. Los regimientos y las baterías enganchadas se apiñaban sin ruido en torno de los boulevares. No se oía ni un grito entre la tropa. En el muelle de la Ferronnerie, que estuvo cuajado de batallones desde la mañana del 2 de Diciembre, solo quedaba ya un puesto de guardias municipales. Refluían hácia el centro el pueblo y el ejército; el silencio de éste se había comunicado á aquel y ambos se miraban con recelo.

Los soldados llevaban cada uno tres días de víveres y seis paquetes de cartuchos.

Después se ha averiguado que entonces se gastaron más de diez mil francos cada día en aguardiente por cada brigada.

A la una Magnan fué al palacio del Municipio, mandó enganchar las piezas del parque reservado, y no se marchó de allí hasta que vió que todas las baterías estaban dispuestas para salir.

Hácia el medio día, los trabajadores de la Administración y los enfermeros establecieron en el número 2 del barrio de Montmartre una especie de vasta ambulancia, acumulando multitud de angarillas, y la muchedumbre se preguntaba qué significaba aquello.

El doctor Deville, que curó la herida al general Espinasse, le vió en el boulevard y le preguntó:

—Hasta dónde pensais ir?

—Hasta el fin.

Esta fué la respuesta histórica de Espinasse. Quería decir *hasta el fango*.

A las dos las brigadas de Cotte, Bourgon, Canrobert, Dulac, Reybell, cinco baterías de artillería, diez y seis mil cuatrocientos hombres de infantería, de caballería y de artillería, estaban escalonados entre la calle de la Paix y la de Poissonnière. En todas las boca-calles se veían cañones apuntados. Los peones llevaban los fusiles preparados y los ginetes los sables desnudos. ¿Qué significaba todo aquello? La multitud, furiosa y sorprendida, contemplaba aquel espectáculo atónita durante los primeros momentos; pero luego su sorpresa se cam-

bió en estupor. Era evidente que allí se ocultaba algo. Se adivinaba en alguna parte una voluntad misteriosa, algo imprevisto y desconocido; pero á pesar de esto, la muchedumbre se creía fuerte, porque era la República, era Paris, era la Francia. Como nada temía, gritaba: —“Abajo Bonaparte!” El ejército seguía silencioso, pero los sables continuaban desenvainados, y la mecha encendida al lado de los cañones humeaba en las esquinas de las calles. La nube era á cada instante más negra, más sorda y más muda. La densidad de aquella sombra era trágica. Se sentía allí la pendiente de las catástrofes y la presencia del malhechor; la traición serpenteaba en aquella noche, y nadie puede prever dónde se parará al resbalar un pensamiento horrible cuando los acontecimientos forman plano inclinado.

Qué iba á salir de aquellas tinieblas?

XVI.

La matanza.

Bruscamente se abrió una ventana en el infierno. Si Dante se hubiera asomado en las alturas, hubiera podido ver en Paris el octavo círculo de su poema; el fúnebre boulevard Montmartre. El espectáculo monstruoso de servir Paris de presa á Bonaparte.

Los hombres tristes, armados y extendidos por aquel boulevard, sintieron bruscamente entrar en ellos un alma espantosa; cesaron de ser ellos mismos y se convirtieron en demonios.

No hubo ya allí ni un solo soldado francés: solo hubo allí no sé qué fantasmas, realizando una ocupación horrible al resplandor de sangrienta visión.

No hubo ya allí bandera, ni ley, ni humanidad, ni patria; allí no existía ya la Francia. Comenzó el asesinato.

La división Schinderhannes, las brigadas Maudin, Cartouche, Poulailleur, Trestaillon y Tropmann, aparecieron en las tinieblas ametrallando y degollando.

No atribuimos al ejército francés lo que se hizo durante aquel lúgubre eclipse del honor.

En la historia hay matanzas abominables, pero que tienen su razón de ser. La Saint-Barthélemy y las Dragonadas se excusan con la religión; las Visperas Sicilianas y las carnicerías de Setiembre las disculpa la patria: en aquellas se suprime al enemigo, en éstas se destruye